
CAREGATO

Earle Herrera

Cuento ganador del Primer Concurso
Literario de la Universidad de los Andes

164

¿Cómo no iba a impresionarme! ¿Cómo no iban a impresionarlo los trece hipopótamos de acero que comenzaban a moverse parsimoniosos y hambrientos, llenos de horribles ruidos los vientres estrambóticos! Caregato los miraba con los ojos de este tamaño desde el chaparro en que estaba encaramado, el corazón en la garganta y sin saber que se le habían hechos los granos. Recordaba en ese momento que su padrino le había dicho más de una vez: "Caregato, vaina jodía una fiera con hambre", y las piernas increíblemente flacas con su temblor hacían que las hojas del chaparro emitieran un ruido de cepillo de hierro que daba escalofrío. Cuando los trece bichos empezaron sus tronidos creyó que era fin de mundo y todos sus catorce años se arrepintieron de haberse quedado allí. No había querido perderse ese espectáculo y ahora sentía una ganas enormes de estar lejísimo. "Vaina jodía una fiera con hambre, Caregato". Y Caregato sentía que una bola gelatinosa le subía desde algún rincón oscuro de las tripas hasta la misma garganta. ¿No será esa bola lo que está pensando Caregato?

¿No serán los granos que desde hace un rato no se los siente por ninguna parte? ¿No serán?

En medio de su miedo se resistía a aceptar que al atardecer de La Leona no quedaría sino un montón de escombros tristes polvorosos y Caregato no vería su casa por ningún lado. Las casas vueltas tierras, las ventanas quebradas, la vieja nevera retorcida, la mitad de un plato de peltre aquí y allá un pedazo de loza seguramente de la poceta, todo vuelto triza-pocilga-ruina en medio de la ancha solitaria sabana serían una apocalíptica visión que nunca jamás se le borraría de la mente a Caregato. un tatuaje indeleble en su memoria que se le avivaría aquella tarde que se puso a leer la Biblia y tropezó con la parábola de que "no quedará piedra sobre piedra".

A decir verdad, Caregato no recordaba el día exacto que lo llevaron a La Leona y si sabía que tenía catorce años era porque se lo habían dicho. Pese a que la maestra lo llamaba taparita había aprendido más o menos a leer aunque no entendía los suplementos que botaban los musiús en el quemador porque estaban en inglés y decía cuando los hojeaba: "Ahora es que me falta, no juegue" y se esforzaba Caregato por entender una sola palabra y deletreaba y nada y con un raro sentimiento que no sabía qué era regresaba a su casa cabizbajo, con pena y nostalgia y se acostaba a dormir hasta las cinco y media de la mañana que sonaba la sirena de la Mene Grande.

Los primeros días que tan difícil fueron eran unos vagos recuerdos. Tendría cinco años Caregato cuando su mamá lo entregó a sus padrinos porque su padre había muerto mordido por una cascabel y ella no tenía para educar a ese muchacho. "Aquí se lo dejo, compadre —según sus recuerdos habría dicho su madre antes de irse— para que lo haga un hombre de bien, jecho y derecho". ¿Caregato derecho con esas patas cambás, ese pelo enmarañado y duro, esa barriga que le crecía para adentro, esas costillas que ya se le salían del cuerpo, esas manos huesudas que le ter-

minan en esas uñas mugrientas, esos cerotes en el pescuezo y esos ojazos grandotes y verdes que parecían encajados ajuro en esa su carita de negrito faramallero y por los que todo el mundo le llamaba Caregato. ¿Caregato jecho, allí recostado contra la puerta de la casa de su padrino llorando a llanto partido al ver la figura enclenque de su madre perderse, al final de la única calle de La Leona, tragada como una tarde reacia del verano por la ancha sabana de la mesa de Guanipa que no tiene fin?

—Ujú, mi comai, yo le haré de Caregato un hombre jecho y derecho, si señó— habría dicho su padrino y nunca unas palabras le parecieron tan odiosas.

Primero no se movía para ningún sitio. Si su padrino al partir para el trabajo lo dejaba en la sala, allí lo encontraba a su regreso; si lo dejaba en la cocina, en la cocina, si en el patio, en el patio. Pero después empezó a andar detrás de “Como-tú”, el perrito que se cagaba por todas partes para darle trabajo a Caregato y un día caminó toda la calle de La Leona detrás de “Como-tú” y su padrino sonrió al verlo de regreso. El mismo Caregato no se dio cuenta cuando se acostumbó a todo y le perdió la pena a la nevera, a los muebles, al radio, a todas las cosas y entonces se pasaba horas y horas acariciándolas suavemente con sus manos timidas por temor a romperlas y echarlas a perder. Y a las cinco y media de la mañana, cuando la sirena de la Mene Grande interrumpía el canto de los gallos, se paraba de un salto, corría hasta la ventana de su cuarto y se quedaba mirando a los obreros sucios de petróleo, con cascos y botas de puntas durísimas hasta que el último se metía en el camión que arrancaba para los taladros, un lugar del que había oído hablar mucho a su padrino y que quedaría muy lejos. Pensaba que cuando fuera grande también iría a los taladros con su ropa sucia, su casco y sus botas, luego de tomar el café negro y amargo y encender un cigarrillo como los del padrino. Pero qué iba a saber Caregato lo que era la vida en los taladros, en medio del sol inclemente de la mesa de Guanipa y la sed pegada en la garganta todo el día. Abajo, el barro de petróleo y tierra calientes, y arriba, en la torre, los hom-

bres empuñados, como de juguete, pendiendo de un hilo, de un pelo y del coraje —de los güevos decía siempre el padrino—. Mediodía en los taladros: sol, sabana, taladro y brega. ¡Ah, y gringo! El gringo que rompe el silencio con su voz carrón y mira todo como si todo fuera suyo y es tan extraño como el taladro mismo. El mismo gringo que Caregato ve todos los viernes en el comisare. ¡Pero qué iba a saber Caregato de taladros y de sudor y de gringos!

Al principio no lo creyó, dicho mejor, no lo quería creer; la primera vez que oyó a su padrino decir “un día de éstos nos iremos de aquí” no lo quería creer y le dió fiebre de no quererlo creer. Caregato no imaginaba a Caregato en otra parte sino en La Leona. Te jodes Caregato, pensaba cuando iba pateando un perolito camino al quemador, si nos vamos de aquí, si padrino se va de aquí, te jodes. ¿Dónde más vas a estar mejor? Esto de ir al desperdicio es requetebueno. ¿Te acuerdas la primera vez que te la hicistes frente a aquel muchacho grande llamado Eleuto que te enseñó? Ahora todas las tardes te vas para el quemador a hacerte nada más que puro la paja, Caregato, y más que aprendiste a montar las burras que se ponen mansitas y te esperan en el quemador ¿Te acuerdas la tarde que peleaste con Eleuto porque te dijo Garabato-Caregato-Culoetrapo y cuando ya casi te jode le metistes el vidrio? Después te fuistes a leer los suplementos de los americanos, bueno, a leerlos no, pero sí a verlos. Y pasabas largo rato sobre las matas dándote y dándote en esas espinillas que te han comenzado a salir por toda la cara de gato que te gastas. ¿Irte de La Leona? ¿Irme? ¡Qué vaina, Caregato!, es como para no creerlo. Tú que pensabas ir algún día a buscar a tu mamá y traerla del conuco a vivir en La Leona y también al vecino y la vecina para que no sigan viviendo en esas casuchas de pencas de moriche donde se esconde la ratonera que aunque no muerde es una culebra que da miedo. Tú que pensabas eso muy callado, que te lo tenías bien de guardado y ahora viene padrino y que nos vamos, que te dice que está por acabarse el trabajo en los taladros y se tendrán que mudar para El Tigre. ¿Cómo será El Tigre; tendrá una sola calle como La Leona? ¿Y qué irán a hacer con La Leona, con ese montón de casas grandes y de bloques? Nunca vas a entender nada, Caregato, como nunca pudistes leer

ni una línea de los suplementos de los musiús. Tapa-rita, Caregato, nada más que sirves para vagabundear por todas partes y ni siquiera sabes por qué te dicen Caregato. ¿Ya seré un hombre jecho y derecho? ¿Podré trabajar en los taladros? ¿Me podré quedar yo solo en La Leona? ¿Este..?

Ni La Leona ni el viento que sopla hace años sobre el campamento, ni la sabana sin fin de la mesa de Guanipa, ni el sol que hace crepitar la paja y ronronear a los cigarrones azules y brillantes, ni la intensa soledad que se le mete por los poros a Caregato, responden a alguna de sus preguntas. La Leona es un campo de la compañía del petróleo, con una sola calle como de ciento y pico de metros, un pueblo pre-fabricado que enclavaron un día cualquiera en medio de la mesa de Guanipa, donde la vida pasa con una cronométrica rutina que sólo no aburre a Caregato. Caregato ha enterrado sus raíces en La Leona como un palo de yuca y capaz es de secarse si lo arrancan de su medio.

166 Ahora está allí verde de miedo, encaramado sobre el chaparro que silba con el viento y cruje de cuando en cuando amenazando delatarlo. Dentro de poco el sol calentará inclemente como siempre la sabana sin fin, se escucharán ruidos lejanos de carros, zumbidos de mosquitos, timbres de grillos y darán unas ganas enormes de dormir, el mismo sueño que daba cuando iba para el quemador pateando perolitos. A estas horas ya se habrán dado cuenta que no está en casa, la casa nueva que compró el padrino en la Quinta Carrera Norte de El Tigre con el bojote de reales que le dieron. Y qué importa eso, nada le importa que noten su ausencia y guarda miedoso la china con que pensaba impedir que destruyeran La Leona y jura que si fuera un hombre jecho y derecho no dejaría tumbar las casas. En ese instante termina de jurar y un espectáculo extraño son para sus ojos los movimientos lentos con que los operadores van subiendo a las máquinas, animales enormes que parecen mansitos así como están. "Vaina jodía una fiera con hambre, Caregato". La Leona está allí, indiferente de manera inexplicable para él, como si no supiera que dentro de un rato van a demoler todas sus casas. Decenas de ideas salvadoras

se agolpan en su cerebro como luces intermitentes: Si esos bichos no prendieran. Si los hombres murieran toditos de repente. ¡Si padrino llegara ahorita, concho, y les dijera que no las tumben!, si yo fuera un hombre jecho y derecho. Si lloviera con truenos y relámpagos y no acabara nunca. Si...si....si. Caregato se muerde los labios, aprieta los puños y una gran desesperanza le recorre todo el cuerpo, le tiembla en la barbilla y le causa unas ganas de llorar que reprime para demostrarse que es un hombre hecho y derecho. Es así como logra un asombroso dominio de sí mismo que se le deshace apenas los tractores empiezan a tronar ensordecedores con un ruido que se le antoja infernal a Caregato cuando, ambos índices taponeándole los oídos, lo sigue escuchando con los tímpanos de la angustia.

Caregato baja del chaparro y sonámbulo camina hacia el montón de tierra, palos, losas, puertas, ladrillos, casas. Todo vuelto trizas-pocilga-ruina. Siente que La Leona fue un pueblo en donde vivió hace tantísimo tiempo. Siente lo mismo que sintió aquella vez que vió a su madre perderse como un puntico oscuro en la inmensidad de la sabana, que la vio desaparecer por la única calle de La Leona, cada vez más pequeña, un puntico en lontananza y de golpe, así, zuás se perdió para siempre de su vista. Como sonámbulo va recogiendo y botando pedazos de destrozos de aquí y allá. Lejos están los tractores del silencio que guarda la sabana ante el dolor de Caregato que no aguanta más y revienta en llanto inconsolable y de cuando en vez se interrumpe y rezonga: ¡Coño, los musiús, los musiús, los musiús, no jo!

Y Caregato, quien algún día será un hombre hecho y derecho, sentado como sea sobre las ruinas de lo que fué La Leona, lleno de llanto y soledad y de sueños, forma un cuadro extraño en medio del atardecer de la mesa de Guanipa que le bebe su sombra alargada y grotesca.